

to interés la arquitectura en hacer resaltar los elementos que garantizan la duración de la obra; y por ende, la pintura no es tan fugaz, pues es tan duradera como los barnices ó capas que puedan aplicarse. A pesar de que el tiempo viene á unirse á la coloración de las piedras de un edificio, exteriormente, los ornatos esculpidos se destacan con grande claridad cuando están alumbrados por el sol; mientras que no pasa lo mismo en el interior, y sobre todo, en una iglesia en que la luz esté juiciosamente distribuída; y en donde, desde que la piedra ha perdido su tono, se pierden casi todas las finuras de la ornamentación.

Los ejemplos que la historia del arte nos proporciona, indican que desde los primeros tiempos del Cristianismo, la pintura fué un elemento decorativo importante en el interior de las iglesias. Las primeras basílicas se encuentran, en efecto, decoradas todas con pinturas ó mosaicos coloridos, no solamente en Roma, sino en las provincias, y entre otras, en las Galias. En los monumentos de la arquitectura bizantina como en Santa Sofía de Constantinopla, en San Vital de Rávena, en San Marcos de Venecia, el color destácase por todas partes, en las escalinatas, en las columnas, en los revestimientos de mármol, en los mosaicos y, en defecto de estos, en las pinturas.

Otro tanto se advierte en los estilos de arquitectura derivados del bizantino. En Sicilia, en Oriente, en Rusia misma, la coloración es la que sirve de base para decorar el interior de las iglesias. La misma arquitectura ojival, á pesar de la multiplicidad de las divisiones, y la carencia de las grandes superficies, presenta muchos ejemplos, si no de vastas iglesias enteramente pintadas, al menos capillas decoradas por tal medio.

En resumen: debe el arquitecto tener en cuenta el carácter del monumento que trata de decorar; escoger bien los colores conforme á ese carácter, y distribuirlos hábilmente á fin de que produzcan el efecto apetecido. No es indiferente, por otra parte, recurrir, para la decoración, á las pinturas ó á los materiales durables, coloridos por la naturaleza ó por el arte; tales co-

mo los mármoles, los esmaltes y los cubos vitrificados con mosaicos. Es verdad que estos últimos materiales tienen mucho mayor carácter de riqueza, y algo de monumental, y se destinan á producir más efecto en el edificio. En su lugar, solamente se da intervención á la pintura; sobre todo, cuando se trata de construcciones cuya solidez debe garantizarse, como tanto lo hemos repetido.

III.—ESTILO.

“El estilo es el hombre,” ha dicho un elocuente escritor hablando de las obras literarias. En Arquitectura el estilo es mucho más: la época precede, el hombre sigue á la época. Así como hay diversos modos de manifestación del pensamiento, las artes del dibujo, y sobre todo la que nos ocupa, no son susceptibles de la misma claridad que el lenguaje hablado; quizá por esto tienen en su abono la universalidad, así como el mérito de conservar mejor el sello de la época, y de seguirla hasta en sus más delicadas variaciones, hasta en eso que se llama caprichos de la moda.

Basta fijarnos un momento en la diversidad de lenguas que se han hablado y se hablan sobre la faz de la tierra. ¡Cuántos idiomas se han sucedido, mientras mayor espacio de tiempo se considere!

Transcurren apenas unos cuantos siglos y con ellos perdemos el carácter de nuestra lengua, y muchas frases nos son hasta desconocidas. No pasa otro tanto en Arquitectura: si la seguimos en su historia por todos los puntos del globo, por medio de sus monumentos, en donde quiera y siempre le encontraremos su significación: sus obras impresionarán más ó menos: todas se apreciarán igualmente en su valor; empero ninguna caerá en desuso ó será letra muerta. Las formas elementales que pone en juego, y que son para la Arquitectura lo que las palabras al discurso, no son arbitrarias, están tomadas de la Creación ó se han deducido de las leyes de la Naturaleza; por lo que esas formas son más permanentes y más

universales: de aquí la unidad fundamental del arte. Pero por otra parte, este carácter y estas deducciones, se resienten del espíritu con el cual están forjados; no son ni reproducciones fotográficas ni fórmulas algebraicas; dejan ancho campo al sentimiento del hombre: de aquí también lo que tiene de humano el arte, lo que en él constituye una expresión tan delicada y verdadera del genio de su época.

Dos cosas hay que considerar en el estilo de arquitectura: el estilo de la época y el estilo del artista. La distinción no puede hacerse fácilmente, y tampoco podría ser absoluta; pues la línea divisoria no está marcada. Puede decirse, sin embargo, que al primero (el estilo de la época), pertenecen las formas elementales en sus rasgos esenciales, las proporciones en lo que tienen de más general, en cierto carácter del que llevan el sello todas las producciones contemporáneas; y al segundo, la influencia ejercida muy especialmente sobre la disposición de aquellas formas, sobre la armonía precisa de las proporciones y sobre la expresión particular del monumento. Al uno, que constituye, digamos así, una especie de idioma distinto, las palabras y las leyes del lenguaje; al otro, la elección de esas palabras y el giro de las expresiones. El arquitecto, desde este punto de vista, es como el escritor: se sirve de la lengua de su época para expresar su pensamiento; empero su lengua está menos restringida que la del literato; se pliega más á todas las variedades, y admite con más amplitud los neologismos.¹

Uno y otro estilo son, por otra parte, susceptibles de los caracteres más variados y de los efectos más delicados: se modi-

1. Entiendo, en mi humildísimo concepto, que esta idea de Mr. Reynaud en pro de la Arquitectura, tiene su límite: no creo, en verdad, que sea mayor el campo de que disponga para sus concepciones el arquitecto que el escritor; tanto más, cuanto que, en la Arquitectura que es eminentemente racional, como á cada paso lo repite Mr. Reynaud, no se admiten concepciones inverosímiles; el lenguaje es tan poderoso, que forja esas concepciones; y la magia de la Literatura es la única que puede describirnos á lo vivo, cuanto mil cuadros pintados no nos representarían, ni podría jamás representarnos una obra arquitectónica.

fican hasta el infinito. Observemos, por ejemplo, los estilos de las grandes épocas, en su parte fundamental, y nos admiraremos de sus diferencias, al propio tiempo que de su verdad. Consideremos á la arquitectura en Egipto: allí se muestra poderosa, austera, vigorosamente instituida, severamente ordenada y limitada en sus creaciones. En Grecia, sus caracteres dominantes son: la libertad, la lucidez, la distinción y la armonía de la forma, una gracia exquisita y la más admirable serenidad. En Roma se le encuentra ruda, severa, un poco tosca en sus principios; viril, ambiciosa, imponente al fin de la República y en los primeros tiempos del Imperio; cayendo en seguida en la afectación, en la incoherencia, en la ausencia de todo gran pensamiento y en los innumerables abusos de una riqueza desordenada. En la civilización árabe, llena de graciosas fantasías, sensual y feérica á la vez, seduce más que hiere, y habla más al espíritu que al corazón. En la Edad Media parece como que se transforma del todo: el sabio encuentra las tradiciones, empero el público no puede suponerlas. Estrechamente unido el arte á la materia, parece repudiarla; y envuelto en un profundo misticismo, como que tiende á desprenderse de toda liga terrenal para dirigirse hacia el Cielo. Al Renacimiento francés se le consideraría instituido únicamente en vista del placer: rompe por completo aquel estilo bruscamente con el que reemplaza; pliega á encantadores caprichos las formas que hubo de tomar de la antigüedad; y semejante á la infancia, es original en sus imitaciones; vivo, ligero, gracioso en el más alto grado y repulsando la austeridad, por todas partes halla un pretexto para el juego y el adorno. Bajo Luis XIV muéstrase rico, pomposo y abundante; adquiere cierta dignidad, pero un tanto circunscrito al círculo de la convención, disimula á veces lo vacío del pensamiento bajo la amplitud de la forma. Por último, la arquitectura en nuestros días, llena de incertidumbre, cayendo en todos los excesos, adhiérese sucesivamente á todas las tradiciones del pasado, acoge todos los estilos, no sabe darse cuenta de las necesida-

des demasiado confusas del presente, y busca con dificultad, en la ausencia de todo principio regulador, una fisonomía á que darle vida y nuevas formas que consagrar.

He aquí, pues, muy diversos estilos, al mismo tiempo que muy verdaderos ó apropiados cada uno para su época; y si los examinamos en particular, si seguimos, estilo por estilo en su desarrollo, las variaciones resaltarían tanto como las transiciones; y observaríamos igualmente cómo se modifican y cómo se refieren el uno al otro. La historia de la Arquitectura sigue paso á paso la de la humanidad; y no encontraremos revolución más ó menos profunda, en donde no se vea la ruptura completa con el pasado.

En cuanto á la parte de estilo que toca al artista y por el cual manifiesta su sentimiento personal, se halla siempre en cierta armonía con el estilo de la época; de la misma manera que toda obra literaria con la lengua en que está escrita. Y si todos los estilos de arquitectura que se han producido sucesivamente no se prestan del propio modo á todas las expresiones; si cada uno de ellos, aun admitiendo las más variadas formas, es sin embargo más particularmente apto para expresar una cualidad determinada, que es la característica de la época ó de la nación, de la misma manera cada arquitecto tiene su estilo particular que constituye una especie de matiz ó variedad en el estilo de su tiempo; empero sabe que debe modificarlo según las circunstancias, de suerte de ajustarlo ó acomodarlo al objeto, y relacionarlo con todas las demás partes de la composición. Las condiciones que convienen á un teatro estarían fuera de lugar en un monumento religioso; y lo que se encuentra colocado en un palacio no podría estarlo en una escuela. Existen, pues, exigencias morales á las que es necesario obedecer; y aun cuando no pueden tomarse como preceptos absolutos, su apreciación depende del genio y del gusto del artista. Las obras arquitectónicas están sujetas en tal cosa á las mismas leyes que las obras literarias; y como éstas, se interesan no poco en la elección del estilo. Las unas y las otras

admiten los mismos calificativos para caracterizar el espíritu en el cual están tratadas; las expresiones de estilo noble, viril, elegante, abundante, fácil, sencillo, etc., se aplican lo mismo á todas; y se definen lo bastante para que haya necesidad de aclarar el punto con ejemplos.

En las épocas que presentan grande unidad de estilo, no debemos ver más que al conjunto; están por decirlo así, dotadas de un color dominante, y no salen de sus caracteres. Todos los espíritus parecen obedecer al mismo pensamiento; todos los hombres tener el mismo gusto. El camino de los artistas parece asimismo como trazado, se conforman con el impulso que se les da y son de su tiempo; no conocen más que á éste y no se preocupan por lo que se hizo antes de ellos. Tales son las épocas privilegiadas, las grandes épocas del arte; épocas independientes que tienen fe en sí mismas; que solas levantan obras verdaderamente bellas, y que constituyen estilos cuyo recuerdo la Historia cuidadosa nos conserva. India, Egipto, Grecia, Etruria, Roma, han tenido sus épocas gloriosas en la antigüedad; pudiéndose citar en Europa después de este período, á los siglos XII y XIII, XIV y XVI. Empero también hay tiempos en que se sienten diferentes síntomas; en que flotan los espíritus irresolutos en todas direcciones; en que sin fe en el porvenir, las predicciones se encaminan hacia los pasados más diversos; y en que vagas esperanzas hacen renacer los acontecimientos más opuestos. Acúsase entonces al arquitecto de impotencia, como si se pudiese levantar un edificio donde no hay terreno; como si el arte pudiese adquirir unidad cuando sólo hay en una sociedad llamada á producir y á revestirse de él, un carácter dividido; cuando no encuentra en su torno más que á la indecisión y á la anarquía. Por otra parte, ora se quiere un estilo, ora tal otro; en consecuencia, no es permitido al arquitecto ignorar los estados anteriores del arte; debe conocer los principales sistemas de arquitectura, y darse cuenta exacta de su espíritu. Llamado á servirse de ellos como de lenguas extranjeras, es necesario que aprenda á hablar-

las correctamente, á manejarlas como lo haría con su idioma natal, si no quiere condenarse á no poder salir del estrecho círculo de imitaciones serviles. Es indispensable, sobre todo, que no asocie en un mismo edificio formas tomadas de diferentes épocas. Las composiciones híbridas son siempre viciosas; no solamente porque hieren á los eruditos (aun cuando éstos son muy escasos), sino porque existe entre todas las partes de un mismo estilo de arquitectura, entre todas las palabras de esta lengua, una correlación íntima, que rechaza toda inspiración extraña, aun admitiendo ampliamente las modificaciones. No puede haber armonía donde los elementos están empleados en órdenes de diferentes ideas.

Un estudio del Arte, y muy particularmente de los estilos más caracterizados, es pues indispensable al arquitecto de estos tiempos de confusión. La Arqueología, tomada con sobrado ardor, llega á ser una traba peligrosa; amortigua la imaginación y destruye toda su independencia: es la ciencia seca, la ciencia del pasado, sin afectos para el presente, sin aspiraciones para el porvenir, hostil á las innovaciones más legítimas. Pero que no se limiten nuestras enseñanzas á demostraciones de hecho, á fórmulas algebraicas frías; que, bajo la forma, se descubra el pensamiento que la ha inspirado; que al lado de los monumentos se descubran las necesidades al par que las costumbres; y entonces, lejos de que se nos cierre, veremos abierto ampliamente el camino.

No se podría en cortas líneas exponer un trabajo histórico de esta suerte concebido. Hay tratados especiales, monografías excelentes, que tratan la materia con bastante extensión; y en esta fuente deberemos beber. Como estos apuntes son casi un extracto, en general, del "Tratado de Arquitectura" de Mr. Leoncio Reynaud, obra magistral, verdaderamente, podemos consultar sus láminas, en donde se encuentran los más notables ejemplos clásicos de todos los estilos que ponemos á continuación, con los elementos ó edificios arquitectónicos que deben consultarse esencialmente.

ESTILO GRIEGO.—Templos.—Órdenes: capiteles, cariátides, puertas, tumbas. Es el estilo más bello, si se quiere. Véase la Primera Parte de estos Apuntes: ÓRDENES CLÁSICOS.

ESTILO ROMANO.—Templos.—Órdenes.—Puertas y ventanas.—Cornisamentos.—Balaustradas.—Recuadros y artesonados.—Pórticos.—Teatros y anfiteatros.—Basilicas.—Tumbas.—Puertas de ciudad y arcos triunfales.—Columnas conmemorativas.—Termas.—Puentes y acueductos.

ESTILO LATINO.—Basilicas.—Porches.

ESTILO BIZANTINO.—Iglesias.

ESTILO ROMÁNICO-BIZANTINO.—Iglesias.

ESTILO ÁRABE.—Mezquitas.

ESTILO LOMBARDO.—Iglesias.

ESTILO ROMÁNICO.—Iglesias.

ESTILO OJIVAL.—Iglesias.

ESTILO RENACIMIENTO ITALIANO.—(Siglos XIV, XV y XVI).—Órdenes.—Arcadas.—Cornisamentos.—Puertas y ventanas.—Balaustradas.—Bóvedas y artesonados.—Fuentes.—Palacios.—Pórticos.—Iglesias (siglo XVI).

ESTILO RENACIMIENTO FRANCÉS.—(Siglo XVI).—Órdenes.—Cariátides.—Arcadas.—Puertas y ventanas.—Porches.—Salas.—Fuentes.—Palacios, hoteles y casas.—Tejados.—Jardines.—Puentes.

ESTILO DEL SIGLO XVIII.—Palacios y hoteles.

ESTILO MODERNO.—Palacios y hoteles.—Artesonados.—Rejas.—Jardines y fuentes.—Sepulcros.—Teatros.—Edificios de utilidad pública.—Puentes y acueductos.—Casas.

En resumen: la vista sólo se ejercita viendo mucho, y el gusto se refina con el estudio y la observación constantes de lo bello y de lo clásico.